

ANDREA LONGARELA

El faro  
de los  
amores  
dormidos



Un primer beso  
en una torre

# Alba

La última vez que pisé Varela sucedieron tres cosas:

1. Me enamoré.
2. Perdí la virginidad.
3. Me rompieron el corazón.

Sin duda, fue un gran verano lleno de experiencias y de cambios de los que aprendí y que influyeron en la persona en que me he convertido, aunque eso no evita que al regresar a este pueblo perdido rodeado de mar tenga una sensación incómoda en la piel. Y no es la sal de la brisa ni esa humedad que se te pega en cuanto te acercas a través de la carretera, estrecha y llena de baches. Es la certeza de que no quiero estar aquí. De que preferiría estar en cualquier otro lugar que en este rincón olvidado donde no queda nada de la chica que recorría sus calles en bicicleta hace cinco años.

Sin embargo, aparco frente a la casa de piedra en la que pasé los veranos de mi infancia y me bajo del coche. Todo sigue igual. Las ventanas cubiertas por las cortinas de topos que tejó mi abuela hace ya dos décadas. Las flores rojas flanqueando la puerta de madera. El balcón de la planta supe-

rior, un poco torcido por el paso del tiempo. El silencio, pese a ser las doce de la mañana de un viernes. La mirada vidriosa del abuelo escondida tras el cristal, preguntándose quién diantres ha dejado el coche en la entrada de su hogar.

Cojo aire y me preparo para llamar, pero me cuesta, porque volver a entrar en esta casa supone reencontrarme con una chica que ya no conozco.

«Alba, no puedes seguir así. Si quieres continuar bajo nuestro techo tienes que asumir responsabilidades. ¿No quieres estudiar ni buscar trabajo? Bien, pues tendrás que echarnos una mano.»

Las palabras de mamá me persiguen sin descanso; nuestra última conversación, tensa, tirante y llena de decepción, antes de verme empujada a hacer las maletas, me incordia como un mosquito zumbón. Por eso estoy aquí. Por ellos. Porque mis padres están hartos de mí y de mi falta de estabilidad. Podría culparlos, pero soy muy consciente de que haber acabado en Varela para cuidar del abuelo es solo culpa mía. Por mi tendencia a meter la pata. A no comprometerme con nada. A no saber qué quiero en la vida. Aunque, si soy sincera conmigo misma, sé que este malestar que noto en el estómago no tiene nada que ver con eso, sino con los recuerdos que abandoné aquí y que ahora vuelven con fuerza. Con aquel último verano que tanto me marcó.

Porque la última vez que pisé Varela creí enamorarme de un chico de paletas separadas, perdí la virginidad en la playa más bonita del mundo y me rompieron el corazón una tarde de tormenta. Y este podría ser el comienzo de una preciosa historia, el problema es que mi protagonista no es solo uno, sino tres. Las tres piezas de un amor de verano que acabó, como estos siempre hacen, y del que a ratos siento que aún no me he recuperado.

# El abuelo

Ha visto a la niña por la ventana. Esta tiene el pelo castaño muy largo y las pecas marcadas por el sol. No quiere que crezca nunca, pero el paso del tiempo es inevitable y ya se ha convertido en una mujer. Detesta que la vida pueda hacerle daño y desea que cumpla sus sueños.

«¿Con qué soñará mi pequeña Aida?», se pregunta.

Abre la puerta antes de que ella la golpee con los nudillos y se encuentran cara a cara.

—¿Por qué has tardado tanto en volver de la tienda? Estaba preocupado.

Ella no sonríe. Su rostro está serio, adusto como el de los hombres curtidos por el mar. No entiende lo que le dice. No, es peor, porque lo observa como si fuera él quien no comprendiera lo que tiene delante. Entonces abre la boca, habla y Pelayo advierte que esa voz no le pertenece. Es menos dulce, más astuta. Es una voz que lo hace viajar hasta otros recuerdos, entremezclados y difusos, en los que su hija no tiene cabida.

—Abuelo, soy Alba.

Pestañea ante sus palabras. Le sacuden la cabeza y siente que todo da vueltas. Aida se marcha y deja a cambio a una

joven más alta y ceñuda de lo que nunca fue su hija a esa edad. Pero sí, tiene razón, es Alba. Su nieta. No concibe cómo ha podido errar en algo tan obvio, porque se parecen, aunque nunca han sido dos gotas de agua. Pelayo la observa sin reparos. Recuerda su sonrisa torcida y la leve cicatriz blanquecina de su labio superior. Se lo abrió a los trece años en las rocas que rodean el faro.

—¿Qué estás haciendo tú aquí?

—Mamá te llamó, ¿te acuerdas? —No, no se acuerda, porque últimamente lo más familiar se aleja y por mucho que lo persiga se le escapa—. Vengo a pasar un tiempo contigo.

—¿Por qué ibas a hacer eso? Estoy muy bien solo.

Siente que algo en su interior se cierra, se pliega sobre sí mismo en un intento de protección. Porque cree que no necesita ayuda. No necesita más que su casa, su faro, su mar. Pese a ello, a Alba no parece importarle y se cuela dentro con una maleta.

—Pero yo sí que necesitaba un cambio. Los papás están hartos de mí, ¿sabes?, creo que me han dado por perdida. Piensan que unos meses aquí pueden hacerme reflexionar.

Pelayo la sigue y llegan al salón. Ella observa la casa y asiente, dando su aprobación. El hombre no sabe por qué lo hace, ya que todo está igual desde décadas atrás, pero entonces repara en su confesión y le pregunta con gesto severo:

—¿Qué has hecho?

—He dejado la universidad —responde Alba sin atisbo de vergüenza.

Al instante, un recuerdo sobrevuela su mente. Una sensación de que eso ya lo ha vivido. Le incomoda no entender por qué. Se apoya en el respaldo de una silla y lo aprieta con fuerza; necesita sujetarse a algo para dejar de sentir que todo se mueve, se desplaza sin que pueda evitarlo. Las piezas de

su vida se desencajan cada vez más a menudo y necesita volver a afianzarlas en su sitio.

—Pero...

Ella intuye su confusión y le ofrece una certeza que Pelayo agarra al momento.

—Otra vez, sí. Después de abandonar Psicología, el curso pasado me matriculé en Sociología, pero este año... no. Se enteraron hace unos días, cuando empezaron las clases y no tenía adónde ir. Me gasté el dinero de la matrícula en un curso de fotografía. —Pone los ojos en blanco antes de que él la pueda reprender por su estupidez—. Sí, lo sé, una tontería. Pero es que soy de las que empalman unas con otras, está bien que lo sepas ya, por si acaso cometo alguna descomunal durante estos meses.

Ambos comparten una mirada en silencio. Su nieta va a quedarse, no tiene dudas, y además Pelayo les prometió a sus padres que con él estaría bien. Ahora se acuerda. Las lágrimas de Aida, la decepción de su voz, la desesperación por no comprender a su única hija. Si ella supiera lo parecidas que son...

—¿Hace cuánto que no venías a Varela? —le pregunta. Porque ya no sabe si es su memoria la que falla o que de verdad hacía años que no se veían. Al menos, no en el pueblo. En Navidad su hija lo arrastra a la capital, en un viaje exprés de ida y vuelta del que no para de quejarse hasta que toca de nuevo ese suelo.

Alba parece incómoda y su mirada se pierde en las fotografías familiares que llenan la sala. En muchas de ellas aparece como una cría desgarbada con magulladuras en las rodillas.

—Cinco años. Lo siento.

—Yo también.

Y Pelayo no sabe por qué le dice eso, si porque también se

siente culpable de estar tan atado a ese lugar como para no querer salir de allí o porque sabe que la visita de Alba no tiene nada que ver con su lamentable comportamiento, sino con que su propia cabeza se vacía por momentos. A eso ha venido la niña, a retener lo poco que queda de él antes de que los recuerdos mueran y su viejo cuerpo lo haga con ellos.

# Enol

Los recuerdos son como flechas. Silenciosos. Rápidos. Su efecto es fulminante. Devastador. Puedes mantenerlos alejados, olvidados en un rincón de tu mente, pero un día algo los activa de nuevo, las compuertas cerradas a cal y canto se abren y caen sobre ti como un tsunami del pasado, capaces de arrastrarlo todo a su paso.

—Enol, cariño, llévale la comida a Quintana.

Obedezco a la abuela, cojo el cesto de mimbre y salgo caminando hasta la casa de Pelayo.

Varela de Mar es un pueblo pequeño. En verano los turistas llenan las calles, aunque pocos son los que duermen aquí, ya que solo contamos con la posada de mi familia y un hotel de apenas diez habitaciones a las afueras. Suele ser sitio obligado de paso por esta zona por sus callejas empedradas, la belleza de los acantilados y el paisaje de postal con el faro de fondo, pese a que la carretera de acceso es estrecha y está mal iluminada, lo que ayuda a que muchos desistan antes de llegar a su destino. Pero cuando empieza el otoño todo vuelve a la normalidad. Doscientos treinta y tres habitantes censados. Un bar. Una tienda de comestibles. Un horno de pan. Una vida sencilla y tranquila que solo unos pocos valoramos.

Por eso, cuando me paro frente a la puerta de los Quintana, me extraña ver un coche de color blanco. Tiene una abolladura en un lateral y está lleno de objetos desperdigados en sus asientos. Lo que se intuye una sudadera. Una fotografía oscura de lo que parecen dos pájaros. Un paquete de caramelos de menta.

Llamo a la puerta con los nudillos y espero a que el viejo me abra y me diga que no necesita nada. Le diré que la abuela ha hecho lentejas y mi madre su famoso arroz con leche cubierto de caramelo. Refunfuñará, pero me dejará pasar, yo sonreiré y le vaciaré el cesto en la mesa de la cocina. Me llevaré las tarteras del día anterior y le desearé buen provecho. Antes de irme me preguntará cómo está hoy el mar, con la mirada perdida en la ventana desde donde lo contempla, y le contaré que calmado y de ese color azul denso de las tardes de octubre. Básicamente, nuestro ritual de cada día.

Sin embargo, hoy no es Pelayo quien abre la puerta. Hoy en Varela ha sucedido algo que no esperaba ni para lo que estaba preparado. Hoy es el pasado el que me observa con los ojos entrecerrados y me obliga a enfrentarme a todos esos recuerdos que guardaba con candado.

—Hola, Enol.

Hoy es Alba la que regresa.

Pum. Como una flecha.

# El mar

A los dieciséis años el amor es intenso, volátil, caprichoso y efímero, aunque la mayoría lo sienta eterno.

Eran cuatro y los veía corretear a menudo por la playa de Bocanegra. Tres chicos y una chica por la que estos bebían los vientos. Bonita, valiente, tan atrevida como ellos, tan lanzada que solía dejarlos atrás en todo lo que supusiera crecer, en aquellos días de sol y madrugadas frente a una hoguera. Se conocían desde hacía tiempo, pero la adolescencia les trajo nuevos estímulos, sentimientos y algún que otro desajuste hormonal.

Y cada verano crecían un poco más; experimentaban, aprendían. Se caían y se ayudaban a levantar.

—Nacho, ¿qué estás haciendo?

Alonso miró con confusión a su amigo, que se había quitado la camiseta y la había dejado caer sobre la arena antes de hacer lo mismo con los pantalones.

—¿Tú qué crees? Vamos a bañarnos.

Alba comenzó a reírse de ese modo que siempre los hacía sonreír: con la mano sobre los labios y pequeños hipidos. Era una tarde de julio, pero hacía frío, y por ese motivo la playa estaba vacía y entera para ellos. Enol se había sentado en la orilla y se quitaba las deportivas, aunque lo conocían de sobra para

saber que aquel plan no iba con él. Siempre en un segundo plano. Siempre observando. Cogió el cigarrillo que descansaba en su oreja y lo prendió.

—¡Vamos, Alonso, tío! —exclamó Nacho, ya en calzoncillos—. ¿A qué esperas?

Entonces el otro sacudió la cabeza y, a regañadientes, se desprendió también de la ropa.

Solían funcionar así. Nacho era el que decidía, el que empujaba al grupo, el que los metía en líos a la mínima oportunidad, si no se andaban con cuidado. Alonso siempre dudaba e imitaba los pasos del primero; estaba claro que admiraba su arrojo y eso, sumado a que era un saco de inseguridades, le hacía actuar la mayoría de las veces arrastrado por las decisiones de los demás, olvidándose de las suyas propias. Enol rara vez participaba, aunque siempre estaba, como una sombra que les daba cobijo entre silencios y consejos dados solo cuando eran pedidos. Y luego estaba Alba. Me costó un tiempo entender cuál era su sitio dentro de ese grupo, pero un día comprendí que en todo mecanismo vivo hay un eje central sobre el que lo demás gira y respira.

Alba era ese centro vital.

Alba era el corazón.

—Joder, menudo frío —se quejó Alonso al desprenderse de los vaqueros.

Los otros chicos se rieron y Nacho le pellizcó la entrepierna mientras le decía que en cuanto tocaran el agua le desapa-recería por completo.

La chica, en cambio, lo observaba de reojo con ese anhelo que había despertado en su interior desde que había regresado a Varela por las vacaciones. Para ella, Alonso había dejado de ser el chico torpe que tartamudeaba para convertirse en un joven guapísimo al que no podía dejar de mirar. Seguía teniendo las paletas un poco separadas, aunque lo que había sido un motivo

de burla en la infancia, de pronto lo hacía dueño de una sonrisa pícaro única que más de una chica se moría por besar. Su pelo rubio se aclaraba cada verano por el sol y sus ojos castaños sonreían cuando hablaba. Alba pensaba a menudo que estaba para comérselo, y no solo eso, porque además ella tenía la suerte de conocerlo y saber que era un buen chico con muchas otras cualidades que le hacían pensar en el primer amor, el mismo del que tanto hablaban sus amigas y que a ella se le resistía.

¿Estaría en lo cierto? ¿Era eso lo que se sentía cuando uno se enamoraba? ¿Estaba a punto de protagonizar su propia historia para el recuerdo?

Las preguntas perseguían a la chica sin descanso, mientras los otros dos parecían ajenos a sus sentimientos; Nacho, mucho más centrado en enrollarse con todas las turistas que se prestaran a hacerlo, tenía encanto suficiente para lograr que el número llegara a las dos cifras antes de que terminara el mes, y Enol, demasiado ocupado con su obsesión por las mareas, sus libros viejos y su soledad.

Alba se ruborizó cuando este último la pilló con los ojos clavados en el torso de Alonso y apartó la mirada. Luego se quitó el vestido por la cabeza de un tirón y los tres chicos contemplaron su cuerpo en ropa interior. Unos, sin disimulo, y otros, fingiendo que aquello no los afectaba, aunque lo hacía. Porque Alba era muy bonita y ellos no estaban ciegos, con la piel bronceada por las horas al sol, la espalda repleta de pecas y unas curvas recién descubiertas que era imposible que pasaran desapercibidas.

Después los tres valientes echaron a correr entre risas que acabaron siendo chillidos al tocarme. Nacho metió la cabeza bajo el agua y nadó unos metros mientras Alonso y Alba se quedaban rezagados donde sus pies aún palpaban la arena y daban saltos con la piel erizada por el frío. A lo lejos, Enol los observaba fumando con los ojos entrecerrados. El flequillo

oscuro le rozaba las pestañas. Llevaba la camiseta de manga larga remangada hasta los codos. Los pantalones de loneta, que habían pertenecido a su abuelo, le dejaban los tobillos al aire. Sus piernas estaban estiradas y cruzadas sobre la orilla. Su postura resultaba más propia de una vieja estrella de cine que de un chaval de diecisiete años. Lástima que por entonces él solo se sintiera una pieza distinta a todos los demás que nunca terminaba de encajar.

Excepto con ella. Con Alba, Enol se sentía tranquilo de ser como era. Bien. Orgullosa, incluso.

Siguieron chapoteando en el agua. Nacho se bajaba los calzoncillos de vez en cuando y les enseñaba el trasero a los demás, que lo salpicaban y se reían sin parar. En un momento dado, Alonso aprovechó que Alba estaba despistada para tirar de su pie y hacerle una aguadilla. Ella se agarró a su brazo y lo arrastró debajo del agua. Y allí, dentro de mí, abrieron los ojos y se observaron por primera vez de una forma diferente. Solos. Ajenos al ruido del exterior. En una burbuja que únicamente les pertenecía a ellos.

Alba se atrevió a rozarle la cintura y Alonso se estremeció. El chico notó que su cuerpo despertaba y también una emoción desconocida en el estómago. Habrían alargado ese instante una vida entera, pero el oxígeno se terminó y salieron tomando aliento. Se buscaron con la mirada. Nacho se lanzó encima de ambos y volvieron a reírse como si nada hubiera sucedido. Pero lo había hecho. Y en los ojos de Alba se podía leer la confirmación de quien cree que se ha enamorado por primera vez.

Ay, el primer amor. Qué imprevisible. Qué juego de corazones cruzados.

De fondo, Enol atrapaba puñados de arena entre los dedos, a la vez que pensaba lo mismo, con los ojos enredados en la sonrisa de la chica que hacía latir su pequeño mundo.

# Alba

Enol me mira como si fuera un mejillón que acaba de cortar-le el pie al entrar en el agua. Su sonrisa es una mueca. Su ceño está fruncido. Su cuerpo, tan rígido que pienso que solo con un roce podría explotar. Supongo que el *shock* ha sido mutuo.

—¡Cuánto tiempo! —respondo a su silencio tenso—. Yo también me alegro de verte. ¿Qué haces aquí?

Él ignora mi sarcasmo y me pide paso con los ojos.

—Podría preguntarte lo mismo.

—Es la casa de mi abuelo.

Se cuela dentro y me sorprende lo alto que es cuando me doy cuenta de que mi frente rozaría su hombro. Y no solo eso. Sigue siendo delgado, pero su espalda se ha ensanchado, lo que hace que su cintura me parezca aún más estrecha.

—No sabía si lo recordarías —responde con acritud.

Su respuesta dañina me deja fuera de juego y lo ataco con la misma saña.

—¡Yo no soy la que se olvida de los demás con facilidad!

Y, en el instante en que pronuncio esas palabras, me arrepiento, porque estaban dedicadas a Enol y a su capacidad para borrarle de su vida, pero a la vez me recuerdan el mo-

tivo por el que estoy aquí y por el que otra persona nos observa sin pestañear desde el sofá.

Él. Mi abuelo. Su enfermedad.

—Pelayo, ¿cómo se encuentra hoy?

Refunfuña algo que no logro entender y Enol sonríe, como si entre ellos hablaran un idioma propio.

—Le gustará, se lo prometo. Las lentejas de Covadonga son uno de sus platos favoritos.

Entra en la cocina igual que en su casa y comienza a sacar recipientes y a guardar los vacíos que el abuelo ha dejado sobre la encimera. Mamá me había contado que, pese a las quejas de Pelayo, los Villar se ocupaban de llevarle cada día la comida, aunque no me imaginaba que sería Enol quien se responsabilizara de esa tarea. Lo hacía en alta mar, buscando nuevas especies marinas o analizando la calidad de las aguas, yo qué sé, pero no ayudando en el negocio familiar. Aunque, pensándolo bien, él tampoco me imaginaría de vuelta en Varela para cuidar del abuelo, lo cual solo nos demuestra que ya no nos conocemos. Ya no somos los dos chicos de las conversaciones raras, como nos llamaban los otros.

De repente, me pregunto si Alonso y Nacho también estarán en el pueblo y me tenso.

Enol se dispone a servir la comida en platos y entonces me acerco a él y le quito la vajilla.

—Trae, de esto ya me ocupo yo. Gracias.

Aprieta los labios, pero me obedece y se limpia las manos en un trapo antes de despedirse de una manera que escuece.

—¿Cuándo te marchas?

—No lo sé. Depende de...

Dejo las palabras en el aire, porque me duele pensar en el estado del abuelo y en las posibilidades que hay de que tenga que marcharme. Enol asiente pensativo y su mandíbula se tensa.

—Mañana traeré raciones para dos.

Antes de irse, se dirige al salón, se planta frente al abuelo y él le lanza una pregunta con la mirada perdida en la ventana.

—¿Cómo está hoy el mar?

—Agitado. Nervioso. Como si se hubiera encontrado con algo que no esperaba.

Entonces miro a Enol y siento sus ojos en mí, lanzando con esas palabras cuchillos que, en el fondo, quizá merezco.